





1998

• José Ángel Conchello Dávila

Nació el 1 de septiembre de 1923 en Monterrey, Nuevo León. Murió el 4 de agosto de 1998 en un accidente automovilístico ocurrido en la autopista México-Querétaro. Hijo de Andrés Conchello Meseguer y de Clotilde Dávila Rodríguez; contrajo matrimonio en 1951 con Otilia Román Marx con quién tuvo tres hijos: Ana Patricia, José Ángel y Carlos David. Estudió la primaria en el Distrito Federal; la secundaria y la preparatoria en planteles de Monterrey, Nuevo León; cursó la licenciatura en derecho en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), graduándose como Abogado en 1951 con la tesis: Los Fines del Estado; fue becado por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) para realizar estudios de fomento industrial, durante seis meses en Canadá; dominó los idiomas inglés, francés e italiano. José Ángel Conchello prestó sus servicios en diversas empresas y organismos de la iniciativa privada; Director Administrativo del Consejo Nacional de la Productividad; funcionario en el departamento de investigaciones económicas de la Cámara de Comercio de Monterrey; Director de Relaciones Públicas de la Cervecería Moctezuma; Representante de la CONCAMIN en un encuentro de la Organización Internacional del Trabajo (OIT); asesor de la Asociación Nacional de Anunciantes; profesor de economía en la Escuela de Comercio y Administración de la UNAM, asimismo impartió cátedra en la Escuela Bancaria y Comercial (EBC) y en la Universidad Iberoamericana (UIA).

Colaborador editorial en diversas revistas y en el periódico El Universal, sus artículos sindicados se reproducían en una gran cantidad de diarios del interior de la República; autor de los libros: Hacia una Economía Abierta (1968); Los Pobres Somos un Estorbo (1968); México en el Predicamento de la Humanidad (Ediciones PAN, 1974); Agonía y Esperanza

(Editores en Comunicación, 1978); El Trigo y la Cizaña (Grijalbo, 1980); Devaluación 82: el principio del fin (Grijalbo, 1982); El TLC ¿Un callejón sin salida? (Grijalbo, 1992); Escritos Periodísticos (10 vols. Senado de la República, 2006).

La trayectoria de José Ángel Conchello en el Partido Acción Nacional fue la siguiente: ingresó al PAN en 1947; Presidente Nacional del PAN 1972-1975; Consejero Nacional 1971-1998; miembro del Comité Ejecutivo Nacional en los siguientes periodos: 1968-1975, 1985-1990 y 1993-1996; Presidente del Comité Regional del Distrito Federal 1987-1993; candidato a Gobernador de Nuevo León en 1979; candidato a Senador por el Distrito Federal 1970 y 1994; candidato a Diputado Federal en seis ocasiones: 1952, 1964, 1967, 1982, 1985 y 1991; Senador de la República en el periodo 1994-2000; Diputado Federal en tres ocasiones: 1967-1970, 1973-1976, 1985-1988; integrante de la Primera Asamblea de Representantes del Distrito Federal 1988-1991; colaborador editorial en la revista La Nación, órgano oficial del Partido Acción Nacional. El Senado de la República galardonó a José Ángel Conchello con la Medalla Belisario Domínguez en 1998, en reconocimiento a su trayectoria política, la cual fue entregada a su viuda, Otilia Román, el 7 de octubre de 1998.

EL C. SENADOR LUIS H. ÁLVAREZ

Señor Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos; Señor Presidente de la Cámara de Senadores; Señor Presidente de la Cámara de Diputados; muy respetada Señora Otilia Román Marx; estimados Ana Patricia, José Ángel y Carlos David Conchello; señoras, señores legisladores:

Rendimos hoy homenaje en forma póstuma al Licenciado José Ángel Conchello, como lo hicimos hace un año al entonces también ya fallecido Ingeniero Heberto Castillo Martínez, acreedores ambos de la Presea Doctor Belisario Domínguez, instituida en honor de este, y otorgada al ilustre chiapaneco en 1953, años después de que fuera arteramente asesinado por órdenes del usurpador Victoriano Huerta.

Sabido es que estos ilustres mexicanos procedían de troncos políticos diferentes. En sus respectivos tiempos y circunstancias sostuvieron diferentes postulados, explicables por el entorno social y político en el que cada uno de ellos vivió.

Me corresponde hablar de un compañero de partido quien también fue su dirigente nacional, razón por la cual se me ha honrado con la distinción de ocupar esta tribuna en nombre de la fracción parlamentaria a la que pertenezco.

En José Ángel Conchello encontramos una personalidad rica y polifacética, fue prolífico escritor, autor de varios libros, numerosos artículos periodísticos, constantemente solicitado por los medios de información dada su agilidad mental y sus agudos y certeros comentarios, documentados siempre en amplia información.

Político activísimo, tribuno convincente, legislador responsable, sostuvo sus puntos de vista con ingenio, talento, decisión y valor civil inolvidables.

Su amplia participación en la vida pública contribuyó significativamente al desarrollo político del país, a la salvaguarda de su soberanía, a la defensa de las clases trabajadoras y al avance de la democracia.

En este recinto tuvimos la oportunidad y el privilegio de escucharlo; pero aquí en el Senado de la República tuvimos un gozo adicional: el de escuchar y ver actuar al hombre en madura plenitud, enriquecido por la experiencia acumulada y decantada, producto de años de reflexión y acción políticas, tanto en el ámbito de su partido como en el de las tareas legislativas, intelectuales y periodísticas.

Permítaseme ahora hacer referencias a aspectos muy personales; pero que por lo mismo han sido razón adicional para explicar mi participación en este evento.

En el año de 1972 un grupo de panistas me visitó en Chihuahua para solicitarme aceptar a ser aspirante a la Presidencia Nacional de mi partido, invitación que en aquel entonces decliné; pero al hacerlo sugerí que se pensara en José Ángel Conchello, con quien yo no tenía más contacto que la atención que me merecían sus, ya desde entonces, llamativos pronunciamientos públicos en torno a cuestiones políticas y sociales.

Mi sugerencia cobró vuelo, pronto se organizó un grupo promotor de la misma y así el Licenciado Conchello llegó a la Presidencia del Partido Acción Nacional. Empero, pronto comenzaron a aflorar diferencias entre nosotros, diferencias que venturosamente tenían más que ver con la instrumentación de decisiones tácticas que con cuestiones doctrinarias de fondo, lo cual hacía posible mantener una relación cercana en otros importantes aspectos.

Prueba de ello lo representa la dedicatoria de uno de sus libros que me regaló *Agonía y Esperanza* expresada en los siguientes términos: "A Luis Álvarez, con quien me unen tantas discrepancias, julio 1983."

En efecto, discrepancias las hubo y frecuentes; pero, repito, ello no impidió mantener una relación que nos permitió intercambiar con respeto nuestros respectivos puntos de vista en cuestiones económicas, políticas y sociales en las que frecuentemente coincidíamos.

Y es que al margen de lo anecdótico la expresión, mostraba un demócrata cuidadoso de las relaciones humanas más allá de las diferencias doctrinales, ideológicas, políticas y programáticas, consciente de que el hombre no se agota en el pensamiento, por racional que este sea; sino que es también afecto y comunidad de esencia, relación entre iguales por naturaleza y sólo diversos por accidente.

En el libro del Senador Conchello de referencia los editores señalan lo siguiente: "Hombre acostumbrado a ser el centro de la controversia, no se ha medido para censurar, para criticar, para atacar a los poderosos, para reñir con sus colegas."

A Conchello se le ataca y se le defiende, y en ambas tareas enemigos y partidarios ponen calor, emoción. Jamás la apatía es el común denominador de unos y otros. Aquí termina la cita.

Hoy, al mencionar conjuntamente a Don Belisario, a Heberto Castillo y a José Ángel Conchello, he creído encontrar en sus probables diferencias de pensamiento un hilo conductor que los une, que creo importante destacar precisamente en los tiempos que nos ha tocado vivir, en los que el pluralismo político surge con vigor, creando situaciones inéditas, a veces inquietantes.

Ese hilo conductor, ese punto de unión se identifica en el profundo humanismo que fue un signo distintivo de los tres personajes citados. Su preocupación por mitigar los efectos de las lacerantes diferencias sociales existentes en el país, donde la opulencia de los pocos contrasta con la pobreza y aún miseria de los más.

Dicho de otra manera su común actitud frente al sufrimiento humano, que en palabras de otro ilustre mexicano, Manuel Gómez Morín, es el dolor evitable; no el dolor que viene de Dios, no el dolor que viene de una fuente inevitable; sino el dolor que unos hombres causamos a otros hombres; el dolor que originan nuestra voluntad y nuestra ineficacia para hacer una nueva y mejor organización de las cosas humanas.

Señoras y señores, el mejor homenaje que podemos rendir al Senador José Ángel Conchello esta tarde, seguir sus huellas. Y en nuestras afinidades y divergencias, busquemos todos el hilo conductor común que nos una como a él y a sus colegas, en el encuentro de un México más humano, libre, justo y democrático.

Gracias.

DISCURSO DE LA SEÑORA OTILIA ROMÁN DE CONCHELLO

Señor Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, Don Ernesto Zedillo Ponce de León, Senador Juan Ramiro Robledo Ruiz, Presidente del Senado de la República; Diputado Felipe de Jesús Preciado Coronado, Presidente de la Cámara de Diputados; Ministro José Vicente Aguinaco Alemán, Presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación; Senadoras y Senadores, señoras y señores.

Es para mí un gran honor el recibir, en nombre de José Ángel, la Medalla Belisario Domínguez del Senado de la República, correspondiente a 1998. Yo estoy segura que José Ángel, desde el lugar donde se encuentra, se siente también muy honrado y muy agradecido con todos sus compañeros Senadores por haberlo nombrado merecedor de este invaluable galardón con el cual todos ustedes le hacen un reconocimiento por su labor y trayectoria, dedicada siempre al servicio de México.

Hoy, en este recinto, ya se ha hablado y reseñado la actividad política y social de José Ángel, por lo que en lo personal deseo compartir con todos ustedes lo que fue convivir y crecer con un gran hombre como él, un gran esposo y un magnífico padre.

José Ángel nació el 1º de septiembre de 1923, fue el más pequeño de los cinco hijos que tuvieron sus padres. Se quedó huérfano de padre cuando tenía 7 años y, para poder mantener sus estudios, se dedicó a lustrar zapatos en el centro de la Ciudad de Monterrey.

Conocí a José Ángel en la ciudad, en esa ciudad cuando ambos cursábamos la secundaria; posteriormente lo dejé de ver por varios años, pues se vino a la capital a estudiar en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México. Cuando regresó a Monterrey y nos volvimos a encontrar, vi en él a un joven emprendedor, firme de convicciones y entregado siempre a la búsqueda de la verdad y de la justicia, y me llamaba mucho la atención su gran sentido del humor.

Nos casamos en mayo de 1951 y, a los pocos meses, lo mandaron de trabajo a la Organización Internacional del Trabajo en Ginebra, Suiza. En esa época tuve la dicha de com-

partir con él su interés por el conocimiento de otras culturas y su capacidad por aprender otros idiomas.

Desde entonces ya se preocupaba por ser una persona bien informada, en la casa, poco a poco se fueron reduciendo los espacios, debido a la cantidad de libros y documentos que adquiría. Posteriormente, obtuvo una beca de la Organización de las Naciones Unidas para realizar estudios sobre promoción industrial, lo que más tarde le ayudaría a formar el Centro Industrial de Productividad.

José Ángel, en su vida laboral, trabajó en varias instituciones como en la Confederación de Cámaras de Comercio, en la Confederación de Cámaras Industriales, en la Cervecería Moctezuma, en el Departamento de Relaciones Públicas y en la Asociación Nacional de Anunciantes de México. Pero todas estas actividades siempre las combinó con su mayor inquietud en la vida, la de luchar por un México mejor.

José Ángel fue y es mi compañero de toda la vida; con él crecí, lo vi crecer, con él compartí sueños, ideales y esperanzas y juntos formamos a nuestros tres hijos: Ana Patricia, José Ángel y Carlos David. Como familia compartimos intensamente sus emociones, nos transmitió su alegría por vivir, su forma de ser y de sentir. Fue un padre jovial y juguetón con nuestros hijos, disfrutaba con ellos los fines de semana, saliendo al campo a volar papalotes o jugando en el deportivo.

Conforme nuestros hijos crecían, les fue enseñando a tener confianza en ellos mismos, a tener fe y a luchar por sus propios ideales y convicciones, a ser críticos y analíticos, los orientó y los dejó actuar, siempre ocupado por la búsqueda de la justicia, pero preocupado por el bienestar de su familia y de la humanidad.

En casa, cuando sus convicciones e ideales lo llamaban, decía que era hora de ir a salvar a México y al mundo.

Dedicaba su tiempo en investigaciones, en escribir sus artículos, ponencias, iniciativas y libros; combinado todo esto con las amenas charlas que teníamos en familia y con los seres queridos. Reuniones que siempre disfrutamos y en las que se hablaba de arte, música, futurismo, economía y religión.

En resumen, un sin fin de temas, con los cuales nos transmitía sus conocimientos con un gran manejo del sentido del humor.

Hoy, al recibir esta medalla en su nombre, me siento orgullosa de haber compartido con José Ángel, toda su vida; de haber sido parte de ella; de saber que cumplió con todas sus metas y sus objetivos, y de saber que dejó en todos nosotros la huella de un gran hombre y la semilla de una familia y un México mejor, y que su lucha hoy es reconocida.

Mil gracias.